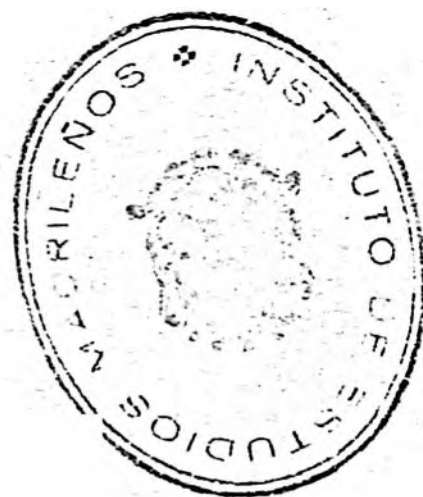


ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo I



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1966

S U M A R I O

	<i>Páginas</i>
PRESENTACIÓN	5
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Patronato. Junta Directiva	11
Miembros numerarios	12
Miembros honorarios y numerarios fallecidos	17
Actividades del Instituto durante 1965, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	19
Apuntes para una futura bibliografía del Instituto, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	25
SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS	
Don Agustín González de Amezúa, por <i>Juana de José Prades</i>	41
Don Cayetano Alcázar Molina, por <i>José Cepeda Adán</i>	59
ESTUDIOS	
Algunos aspectos del Madrid de Felipe II, por <i>José Antonio Martínez Bara</i>	67
El proceso de Carranza: Algunas consideraciones, por <i>Manuel Fernández Alvarez</i>	77
Recepción madrileña de la reina Margarita de Austria, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	85
Anales de la construcción del Buen Retiro, por <i>José María Azcárate</i>	99
El Madrid y los madrileños del siglo XVII según los visitantes ingleses de la época, por <i>Patricia Shaw Fairman</i>	137
Madrid en la vida y obra de Pedro Liñán, por <i>Maximino Marcos Alvarez</i>	147
Ediciones olvidadas del teatro de Tirso de Molina, por <i>Fray Manuel Penedo Rey (O. de M.)</i>	161
Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	169
Músicos madrileños y músicos madrileñizados. (Páginas históricas), por <i>José Subirá</i>	209
El Madrid de Carlos III en las cartas del marqués de San Leonardo, por <i>José Cepeda Adán</i>	219
Bodas reales bicentenarias en Madrid, por <i>Florentino Zamora</i>	231
El Puente de Viveros. (Accesos de Madrid en el siglo XVIII), por <i>M.^a del Carmen Pescador del Hoyo</i>	253

Fuentes para el conocimiento histórico-geográfico de algunos pueblos de la provincia de Madrid en el último cuarto del siglo XVIII, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	263
«El Duende crítico de Madrid» en el siglo XVIII, por <i>Isidoro Montiel</i>	279
Contratiempos lírico-teatrales madrileños, por <i>Nicolás Álvarez Solar-Quintes</i>	297
Acerca de un supuesto madrileño: don Pedro de Estala, por <i>Jorge Demerson</i>	309
El Catastro en la provincia de Madrid durante el pasado siglo, por <i>José Gómez Pérez</i>	315
Apostillas al homenaje de la Real Academia Española a Lope de Vega en 1862, por <i>Ramón Esquer Torres</i>	327
Fiestas madrileñas del Centenario del Descubrimiento de América, por <i>José del Corral</i>	335
Notas para el estudio del habla en Madrid y su provincia, por <i>Antonio Quilis</i>	365
La prensa madrileña como tema de investigación universitaria, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	373
Pasado, presente y futuro de la red de caminos de la Excelentísima Diputación Provincial de Madrid, por <i>Angel Torres Ossorio</i>	379
El Museo del Monasterio de la Encarnación, por <i>Paulina Junquera</i>	385
La nueva estructuración parroquial de Madrid, por <i>Jacinto Rodríguez Osuna</i>	391
El problema de la circulación en Madrid, por <i>Antonio Valdés y González Roldán</i>	405
Índices estadísticos de nuestro Madrid y su evolución contemporánea, por <i>Ricardo Vilalta Fargas</i>	413
Planes municipales en Educación y Cultura, por <i>Antonio Aparisi</i>	423

MEMORIAS Y RECUERDOS

Las tertulias médicas de antaño: Cajal en los cafés madrileños, por <i>José Álvarez-Sierra</i>	433
Los saloncillos de autores, por <i>Federico Romero</i>	443
Mis primeros recuerdos madrileños, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i>	455
Azorín, años atrás. (Unas cuartillas inéditas del Maestro), por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	467

MATERIALES DE TRABAJO

Catálogo de manuscritos madrileños que se conservan en el British Museum, por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	475
Nómina de escritores naturales de Madrid y su provincia (siglos XV-XVIII), por <i>José Simón Díaz</i>	501

LAS TERTULIAS MEDICAS DE ANTAÑO: CAJAL EN LOS CAFES MADRILEÑOS

Por JOSÉ ALVAREZ-SIERRA

De todas las regiones de España, es Aragón una de las que más se compenetran con el espíritu de Castilla, y sus naturales, de un exaltado patriotismo, contribuyeron siempre a mantener la unidad nacional. Nada de extraño que, cuando llegan a nuestra capital y se avecinan en ella, se conviertan pronto en fieles y entusiastas madrileños. Este es el caso de muchos aragoneses ilustres, y entre ellos don Santiago Ramón y Cajal, quien después de cosechar gloria y afectos en ciudades tan interesantes como Barcelona y Valencia, al instalarse en la Villa de las siete estrellas deja prender su corazón en el brujo hechizo de sus calles populares, se compenetra con el alma de la acogedora urbe; le gusta deambular algunos atardeceres por el viejo Madrid de los Austrias; goza el nirvana sugeridor del ambiente de los cafés castizos cuando en ellos se aísla solitario o crea amistades cordiales al concurrir a las tertulias de los céntricos, frecuentados por la intelectualidad. Cajal se encariñó con Madrid desde aquella mañana del mes de junio de 1876, en que vino de Zaragoza para recibir la investidura de doctor, o acaso antes, cuando hizo sus oposiciones al Cuerpo de Sanidad Militar.

En los tiempos actuales se ha puesto un poco de moda, con notorio error, hablar mal de las antiguas tertulias de café. Personalidades de cierto relieve intelectual censuran en discursos, libros y conferencias la vieja costumbre madrileña de frecuentar estos simpáticos lugares de consumición y reposo psíquico. Decimos reposo psíquico porque en ellos se hace un alto en las luchas diarias del vivir, y bien en ratos de amable camaradería, bien en íntima reconcentración, se dan al olvido preocupaciones y pesares. Cajal iba al café del Prado, completamente solo, donde se entregaba a sus meditaciones o entablaba largas conversaciones consigo mismo; allí ponía en orden sus íntimas

ideas, trazaba planes para futuros trabajos o se sumía en la lectura de algún buen libro.

Yo, de mí sé decir que pasé mi juventud de café en café, y que algunas de mis horas más felices en los años de juventud a ellos se las debo.

Aparte mi impresión personal sobre la vida de café, tenemos, además, los casos de Cajal, Menéndez y Pelayo, Pérez Galdós, Benavente, Echegaray, Zorrilla, Castelar, Cánovas, Cortezo, Rubio, etc., que visitaban diariamente no uno, sino varios de estos establecimientos, que hoy quieren presentarse como anquilosadores de la actividad cerebral. Don Santiago Ramón y Cajal redactó algunos capítulos de su Histología y acaso trazó los primeros dibujos de los grabados que la ilustran sobre la mesa de los cafés; Menéndez y Pelayo hizo el plan de la Historia de los heterodoxos entre cafés con media tostada y copas de coñac, en Fornos y en el Suizo.

Los médicos, sobre todo los del siglo XIX, fueron muy aficionados a reunirse en tertulia al terminar la tarea de sus visitas, aprovechando los divanes cómodos, color granate, de las primitivas botillerías y de sus sucesores, los lugares para degustar el exquisito moka.

Al café del Parnasillo, tantas veces citado por los cronistas de Madrid, acudían al anochecer, en los primeros años de la pasada centuria, los doctores Chinchilla, Seoane, Virgili, Capdevila, Monsácula, Argumosa y Castelló. Este último presidía las controversias, y de allí partió la iniciativa para la fusión de las carreras de Medicina y Cirugía, con objeto de dignificar, elevando su cultura, a los llamados Prácticos del arte de curar y Médicos de segunda clase, que con tales reformas pasaron a ser, unos, bachilleres en Medicina, y otros, licenciados o doctores. Desapareciendo los cirujanos latinistas, cirujanos romancistas y médicos puros; ¡tan variada y compleja era la nomenclatura de los títulos profesionales al trasladarse a Madrid la Universidad complutense!

* * *

Don Santiago Ramón y Cajal fue siempre muy aficionado al café, tanto al café infusión como al ambiente del establecimiento donde se consume; unas veces acudiendo a aquellas simpáticas tertulias, en las que se hacía un intercambio de ideas a través de amenas conversaciones, y otras solo o en compañía de algún periódico ilustrado. En sus últimos años le veíamos con frecuencia en el café del Prado o en el de Castilla, y en sus días de gloria, allá por el 900, era contertulio relativamente frecuente de diversas peñas de Levante, del Oriental y del Suizo.

Al Suizo dejó de concurrir cuando murió don Alejandro San Martín.

Respecto al café Oriental, ocurrió en él un episodio poco divulgado, y del

que por discreción seguramente nunca hablaba. Cuando Cajal vino a hacer sus famosas oposiciones a la cátedra de Madrid, el primer día acudió al café Oriental, donde se encontró con un amigo y colega, destacado médico-político, doctor Cortezo, quien, conocedor de las intrigas y caciquismos, tan frecuentes en aquel tiempo, le preguntó que si había buscado las oportunas recomendaciones, con objeto de que no le hiciesen ninguna injusticia.

—En este sentido estoy tranquilo —replicó Cajal—, pues he recibido una carta del Presidente don Julián Calleja, diciéndome que no deje de presentarme, pues está dispuesto a darme su voto, y que ha procurado nombrar un Tribunal de incondicionales suyos.

Don Carlos María Cortezo, hombre inteligente, pero de proverbial indiscreción, no creyó necesario guardar el secreto, y cuando vio al doctor Simarro, que era uno de los contrincantes, le refirió la escena y el contenido de la carta referida. Simarro se lo transmitió a los otros opositores, y al empezar los ejercicios, uno de ellos recusó al tribunal, diciendo que las oposiciones estaban prejuzgadas, pues uno de los actuantes llevaba en el bolsillo de la levita una carta del Presidente, en que le aseguraba que tendría el voto unánime de sus compañeros.

Cajal, con su proverbial seriedad y carácter aragonés, se indignó ante aquella insidia y el abuso de una confianza que él creyó quedaría entre amigos. Congestionado y contrariadísimo, se fue al hotel, para preparar sus maletas, dispuesto a regresar a Barcelona, asquedado de las intrigas cortesanas. Fueron necesarias las intervenciones del doctor San Martín y del marqués del Busto para calmarle y hacerle desistir de su propósito, que tanto perjuicio hubiese traído a la Ciencia española.

El doctor Simarro se justificó ante los contertulios del café Oriental diciendo que había querido hacer pública la carta del doctor Calleja, porque éste, seguro del triunfo indiscutible de Cajal, se proponía tenerle previamente agradecido y luego, en el funcionamiento de los claustros y vida íntima de la Facultad, contar con su voto y adhesión.

* * *

Entre las tertulias médicas a que concurrió Cajal, la más interesante fue la del café Suizo, establecido en la calle de Alcalá, esquina a Sevilla, donde hoy se alza el Banco de Bilbao. Sobre esta tertulia, que empezó a formarse en los últimos años del reinado de don Amadeo, y que tuvo su máxima popularidad e importancia en los de la Regencia de doña María Cristina y en los de don Alfonso XIII, se han escrito numerosos reportajes y artículos en revistas y periódicos. Su figura representativa en los primeros tiempos fue el

doctor don Laureano García Camisón, médico de Cámara; a la muerte de éste le sustituyó como jefe de la tertulia don Carlos María Cortezo.

El doctor Camisón era un hombre ingenioso, gran cirujano y de un extenso anecdotario. Amigo íntimo de Alfonso XII, le asistió en su enfermedad y estuvo a su lado hasta el momento de la muerte, cerrándole los ojos. De gran fortuna y diputado a Cortes en todas las legislaturas, tenía la genialidad de no usar cartera por miedo a que le robasen, y llevaba siempre una gran cantidad de billetes en un sobre que recogía del Congreso, y que no cambiaba por otro hasta que se le caía a pedazos, no obstante lo fácil y económico que era reponerlo. Gran discutidor, un día entabló una polémica en la mesa del café con don Enrique Isla sobre cierto tema de patogenia de las infecciones. Cuando llevaban largo tiempo en la controversia, llegó el doctor Cortezo, quien procuró intervenir, poniéndose de su parte. Desde este momento, ya dejó de hablar, cesaron sus violentas argumentaciones y quedaron en pie las de sus contrincantes. Al día siguiente, era motivo de comentarios en la tertulia el triunfo dialéctico de las palabras de Isla sobre Camisón. Alguien se atrevió a decirle:

—Oye, Laureano, ¿cómo te achicaste tan pronto y te quedaste sin hablar cuando esperábamos tus últimas contundentes réplicas?

A lo que contestó rápido:

—No, yo no me achiqué; lo que ocurrió es que Cortezo empezó a darme la razón, y entonces comprendí que no la tenía.

Carcajada general, empezando por Cortezo.

El primer contertulio era el doctor Sanz Bombín, que se desayunaba en las mesas de la derecha, próximas a la puerta de entrada, antes de ir a pasar visita al Hospital de San Juan de Dios, y después de haber estado toda la noche en el vecino Casino de Madrid. El doctor Bombín, acostumbrado a los reglamentos antiguos de los hospitales de la Beneficencia, pasaba visita a las siete de la mañana en verano, y a las ocho en invierno; era, pues, el primer parroquiano que entraba en el Suizo, al que volvía todas las tardes a las ocho, tras haber dormido de nueve de la mañana a cuatro de la tarde, comer a las cinco y pasar su consulta desde esta hora hasta las siete.

No era sólo el doctor Bombín quien se desayunaba en aquel establecimiento, pues también lo hacían los doctores Espina y Capo, Sáez, Viferes y Giol del Valle, y algunas veces Cajal. Esta reunión y rato de charla de los médicos madrugadores se unía a la del aperitivo, que se prolongaba hasta las dos de la tarde y a la que no faltaban Ortiz de la Torre, Bravo (don Juan), Hergueta, Cortezo, Campesini, Huertas, Fernández Gómez, Guedea, Jiménez y García,

Chacón, marqués del Busto, Calleja, Lobo, Olavide, Azúa, Cisneros, Decref, Ustariz, Alonso Martínez y otros, más el doctor Espina, que recalaba nuevamente, así como Viforcós. Era entonces cuando más derroche de ingenio se hacía y las frases más ocurrentes salían de los sesudos varones. Menos fijos, pero también bastante asiduos, eran Cospedal, Ribera y Camisón. Ya en el presente siglo empezaron a ir los jóvenes Goyanes, Loraque, Becerro, Mateo Milano, Huertas (hijo) y Asúa.

La tertulia de la tarde empezaba a las tres y media, y durante algún tiempo uno de los primeros que allí se sentaban, preocupado, serio, mirando al techo y hablando solo, era don Santiago Ramón y Cajal. Pronto iban a sacarle de su ensimismamiento don Florencio de Castro y don Tomás Maestre; el primero terminaba su consulta a las cuatro y el segundo no ejercía la profesión. Allí brillaron muchas de las chispas ingeniosas de su humor, cuando la conversación se animaba. Luego, con intervalos de pocos segundos, se iba nutriendo la peña de médicos, mirada con respeto y veneración por las próximas tertulias de políticos, con Cánovas, Villaverde y Gamazo a la cabeza; la de escritores y artistas; la de agentes de Bolsa, que todas estas profesiones también concurrían con asiduidad.

Esta tertulia tomaba un carácter más grave y trascendente que por la mañana. Citar nombres sería recordar todos los ases de la Facultad, Real Academia y hospitales madrileños en los días finales del pasado siglo y primeros del presente. Allí se celebró con gran entusiasmo la concesión del premio Nobel a Cajal, yendo a cenar juntos, un selecto grupo de eminencias, en banquete improvisado, la noche que la prensa publicó el telegrama de Estocolmo dando cuenta de tan fausta noticia. Madrileños buenos y sanos de espíritu, además de inteligentes, no conocían la envidia ni la traición, y, dando plena su alma, gozaban como un éxito de todos el acierto de cualquiera de ellos. Tal ocurrió aquella mañana del año 1903, cuando Cortezo llegó diciendo que iba a jurar el cargo de Ministro; dos más tarde, en 1905, cuando don Alejandro San Martín era llamado a los consejos de la Corona, y cuando se supo el éxito de don José Ortiz de la Torre en la famosa sutura del corazón, que practicó con éxito a un golfillo. Todos, como un solo hombre, acudieron también, emocionados y solemnes, a presenciar la autopsia del doctor San Martín en los primeros días de octubre de 1908.

Aquella tertulia médica fue un exponente del espíritu de cordialidad, de la caballerosidad exquisita, del verdadero sentido del compañerismo que tenían los médicos matritenses del siglo XIX y que, por desgracia, declinó al extinguirse su generación.

* * *

Otro café muy interesante fue el de San Sebastián; fundado en 1840, simpático y atrayente, amplio y bien acreditado, resultó muy preferido por la clase médica. Estaba situado entre la calle de Atocha y la plaza del Angel; frecuentado por la mesocracia y la artesanía distinguida, de buena posición económica, que era numerosa en aquellos barrios; también concurrían con asiduidad elementos intelectuales de ideas avanzadas. Más de una vez la Policía hizo grandes redadas para detener supuestos conspiradores. En sus mesas, acompañados de sus familias, hablaban de los rumores políticos más sensacionales y de los sucesos de actualidad.

En este establecimiento se hicieron célebres, entre otras varias, dos reuniones médicas: una, en los tiempos precursores de la revolución del 68, que duró hasta la Restauración; otra, desde finales del siglo hasta la guerra europea de 1913, fecha en que nuestra capital sufre honda transformación y este café cierra sus puertas. A la primera, presidida por el gran Argumosa, concurren González Velasco, Martínez Molina, Mata, Esquerdo, Benavente, Castro, Méndez Alvaro, Muñoz Sedeño, Isern y el abuelo del autor del presente libro: Juan Alvarez-Sierra. Con gran entusiasmo comentaron las primeras anestias clorofórmicas hechas por Sáez, Argumosa y don Basilio San Martín, y allí también se siguieron con emoción los incidentes de la enfermedad de la hija del señor Velasco, que al morir fue embalsamada por su padre con perfección especial, utilizando métodos y técnicas tan cuidadosos como pudieron ser los de los egipcios con las momias del valle de Vivan el Moluck.

A la tertulia segunda, ya más moderna, concurrían Martín Pindado, Castañeda, Campesino, Giol del Valle, Hurtado, Isla, Soler y don Tomás Maestre; este último era casi siempre el que llevaba la voz cantante, refiriendo las historias fantásticas de crímenes célebres, amenamente aderezados con su exagerada imaginación levantina.

Cajal concurría con gran frecuencia en la época en que vivía en el número 45 de la calle de Atocha y las tardes de los días festivos iba acompañado de su mujer y de sus hijos.

Próximo al café de San Sebastián, en la plaza de Antón Martín, esquina a la calle de León, estaba el de Zaragoza. A él acudían muchos estudiantes y médicos; pero hubo una reunión muy caracterizada a la que no faltaba el doctor Esquerdo, de la que surgió, a mediados del XIX, la idea de crear en el Hospital Provincial una Escuela libre de Medicina y Cirugía. Las discusiones eran acaloradas, y se mezclaban los temas políticos con los científicos. Concurrieron entre otros, para escuchar la amena conversación del famoso neuropatólogo, los doctores Sáez, Martínez Leganés, Pérez Obón, Martín de Pedro y Benavides.

Años más tarde conocimos nosotros otra peña de don Florencio Castro, don José Gómez Ocaña, don Ramón Lobo Regidor, don José Ribera, don Benito Hernando, y en la que algunas veces se veía intervenir y sonreír a don Federico Olóriz y a Ramón y Cajal. Nos referimos a los primeros años del presente siglo.

Cajal, en Zaragoza, cuando era director de los Museos Anatómicos de la Facultad, frecuentaba por mañana y tarde el café de la Iberia; y en Barcelona fue buen parroquiano del Pelayo. En Madrid empezó a acudir al café de Levante, donde charlaba con un grupo de médicos militares compañeros de promoción, a los que tuvo que abandonar porque todas las conversaciones se reducían a leer el escalafón del Cuerpo de Sanidad y hacer cálculos respecto a la fecha de los ascensos.

★ ★ ★

Un café que recordaba don Santiago con emoción, era el matritense de la Iberia, instalado en la Carrera de San Jerónimo, reunión de progresistas y amigos de Sagasta, de Madoz, de Olozaga y de Fernández de los Ríos. En 1873 cuando Cajal vino a Madrid para hacer las oposiciones a Sanidad militar, se sintió fascinado por la comodidad de sus divanes de terciopelo rojo; el brillo de sus luces; sus grandes espejos que por estar colocados paralelamente en algunos de los lugares del establecimiento, prolongaban hasta el infinito la silueta de las personas. Allí preparó el cuestionario de los ejercicios y ampliaba con notas y observaciones personales los apuntes que corrían en manos de los opositores, no escritos a máquina, pues éstas no se habían inventado aún, sino en fuertes pliegos de papel de barba con clara letra española de pacientes copistas. Allí conoció y trabó cordial amistad con don Abdón Sánchez Herrero, que después de ser médico castrense, alcanzó la cátedra de Patología médica de Valladolid, de la que se trasladó a Madrid en la misma fecha en que Cajal ganaba la de Histología.

Cajal gana la cátedra de la Universidad Central en 1892, en el momento acaso más interesante, la hora más trascendental de la Medicina madrileña; aquella hora final de la pasada centuria, en que nuestros médicos dan el salto de la antigua Medicina empírica, un poco rutinaria y un mucho teorizante, a la moderna Medicina científica y experimental. En el lapso de unos pocos años es tal la transformación y el progreso, que parece como si hubiesen corrido lustros. A ello contribuyen la cristalización en nuevos cuerpos de doctrina de los adelantos y descubrimientos que se van produciendo a partir de las investigaciones biológicas, hallazgos bacteriológicos y síntesis químicas que caracterizan a la segunda mitad del siglo, y el fervor de superación que se produce

en todos los universitarios en torno a la catástrofe del 98, con la pérdida de los últimos restos de nuestro Imperio colonial.

En aquellos días en que el siglo tiene contadas ya sus horas, surge, como un hecho providencialista, insospechado, concatenación de la casualidad con el despertar de nuestras glorias raciales, la figura de don Santiago, que desde su cátedra irradia como un faro potente las luminarias de su genio sobre la ciencia universal.

El triunfo de Cajal enfervoriza a sus colegas madrileños; les exalta en un deseo de superación y de reivindicar el prestigio de la Patria; se sienten obligados a que cada cual, en sus medios de trabajo y en sus actuaciones públicas, rindan un fruto que no desmerezca ni desdore la gloria cajaliana. Se da aquí también otro fenómeno providencialista, de orden accidental si se quiere. Parece como si se hubiesen dado cita en el claustro de profesores de la Facultad de Medicina las personalidades intelectuales más destacadas de la época. Cuatro grandes cirujanos: don Alejandro San Martín, don José Ribera, don Luis Guedea y don Ramón Jiménez; cuatro geniales clínicos: don Manuel Alonso Sañudo, don Amalio Gimeno, don Arturo Redondo Carranceja y don Abdón Sánchez Herrero; tres sagaces anatómicos: doctores Calleja, Olóriz y Castro. En sus diferentes disciplinas: Gómez Ocaña, fisiólogo; Fernández Chacón, profesor de obstetricia; Criado, de niños; Maestre, de medicina legal.

El ejercicio de la profesión, en el orden de la clientela privada, se caracterizaba por la austeridad, el rigorismo deontológico. El rito del compañerismo se cumplía y acataba con tal exactitud, que jamás un médico, a espaldas de otro, veía un enfermo, ni se permitía hacer comentarios sobre su acierto y competencia. De aquí que resultaran frecuentes las juntas de médicos en todos los casos graves, pues cuando una familia buscaba una nueva opinión tenía que ser reuniéndose el médico consultado con el de cabecera, y discutiendo caballerosamente, cara a cara, el caso clínico. Respecto a los honorarios, los internistas o médicos de visita eran en extremo módicos, considerados, austeros. Los ases cobraban a las familias ricas, a lo sumo, diez pesetas por visita, y lo corriente eran cinco. Y en la clase media, comerciantes, burocracia y la acomodada artesanía, que era muy numerosa, se cobraban diez reales. Existía la costumbre, al terminar la visita y cuando el facultativo extendía la receta, que junto al tintero le pusiesen en una bandejita de plata una copa de jerez, bizcochos, un cigarro puro y las 2,50 pesetas. Lo corriente era que se guardasen el puro y el dinero, rehusando cortésmente el jerez; pero había aficionados a las buenas bebidas que se sacrificaban y llegaban a su casa bastante eufóricos, gracias a la cortesía de la clientela. Fue a finales del siglo cuando empezó a ponerse de moda el cobrar en consulta más que en visita, moda

que todavía sigue y que tiene sobrada justificación, ya que el cliente de estas últimas es un cliente habitual, al cual se le suman cierto número de asistencias, y los primeros son aves de paso, enfermos que acuden una sola vez, o de cuando en cuando, y frecuentemente después de ver a otros compañeros, para confrontar diagnósticos y opiniones. Es decir, como jueces en última instancia.

La Medicina madrileña en los tiempos del 90 al 900 gozaba de una simpática aureola de popularidad y respeto. Lo mismo las altas clases sociales que la mesocracia y el pueblo, asqueados del caciquismo político, del exceso en los cargos públicos de abogados y leguleyos, de la mala suerte de nuestras armas en la guerra colonial, vuelven los ojos a los hombres que mejor sintetizan la verdad y la austeridad de la Ciencia, sacerdotes de una profesión que actúa en nombre de los más altos ideales de la Humanidad; es decir, los médicos, hombres que se aproximan un poco a los dioses por tener el privilegio de saber quitar el dolor en un momento dado.